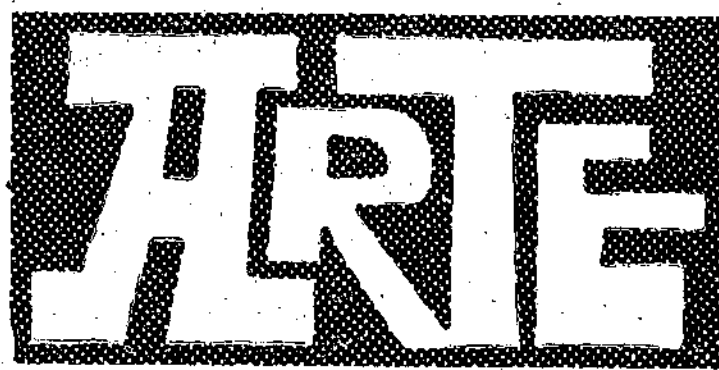


CRITICA DE EXPOSICIONES

- ALMELA COSTA
- LUZURIAGA
- ASENSIO SAEZ

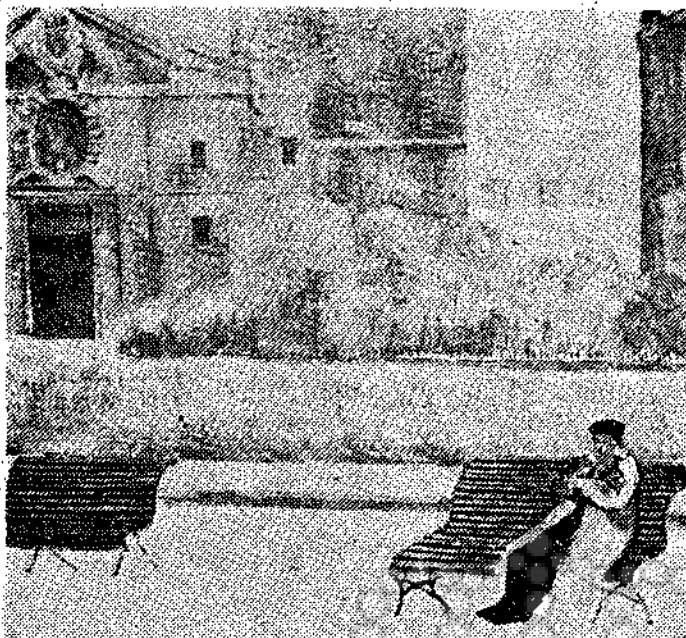


Página de CAVETANO MOLINA

ALMELA COSTA

La exposición que actualmente presenta la galería Zero nos sitúa ante el trabajo de muchos años en la dilatada vida como pintor de Almela Costa. Del artista murciano se exhibe un crecido número de cuadros realizados en distintas y distantes épocas de su producción. Y es justo consignar, en principio, que esta muestra supone, entre las antológicas que llevamos vistas, una de las más acertadas recopilaciones de ciertos profesionales que permitan representar dignamente a un artista con los aspectos más destacados de toda su labor. Ello ha sido consecuencia, sin duda, de una exigente y competente preparación selectiva del montaje.

Almela Costa se acreditó como un riguroso captador de la realidad; especialmente estudioso, sobre todo, de los colores soñados que encienden al paisaje murciano y que él supo recoger en sus lienzos con la absoluta fidelidad identificadora de su ambiente luminoso. Los lugares de Murcia, de su huerta y su gente, aparecen con impecable composición en sus cuadros, amorosamente dibujados, sin el menor deslíz de perspectiva y con la vistosa animación de un colorido siempre limpio, brillante, de recta coincidencia representativa y tan seguro como eficaz en la pincelada. Pintor honestamente al servicio de la exactitud figurativa, del respeto a la referencia y a la ortodoxia de las normas que aprendió en su formación y que enseñó después durante su larga dedicación al profesorado. Experto profesional, en fin, que siguió su propio camino en todo momento —aunque con las naturales influencias de los maestros en sus años mozos—. Almela Costa ha venido realizando decorosamente su obra sin pretensiones novedosas de actualidad, desentendido de las últimas horas pictóricas; pero con un estilo inconfundible que es consecuencia de la personalidad, porque sincero ha sido el propósito artístico del autor. Y es



LUZURIAGA

que cada uno es como es, y así debe ser en pintura: primero, como la más insobornable norma del proceder creador, la sinceridad; después, todas las demás cualidades que permiten elevar la vocación a la categoría de magisterio. Porque sin veracidad nunca es posible la manifestación de una auténtica personalidad, que es, en definitiva, la que verdaderamente cuenta para que una labor pueda tener estimación de presente y de futuro. Sin personalidad, la voz de un artista se perderá confundida en el coro vociferante; pero con personalidad, siempre destacará su canto —haya sido más o menos importante— con la autonomía memorable de los divos.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, no puede extrañar que la aportación pictórica de Almela Costa: ocupe en justicia, por sinceridad y personalidad, un puesto destacado en la pintura murciana de su época. La cual, aunque perteneciente al pasado por los conceptos, viene a estar, como quien

dice, a la vuelta de la esquina de nuestro tiempo.

LUZURIAGA

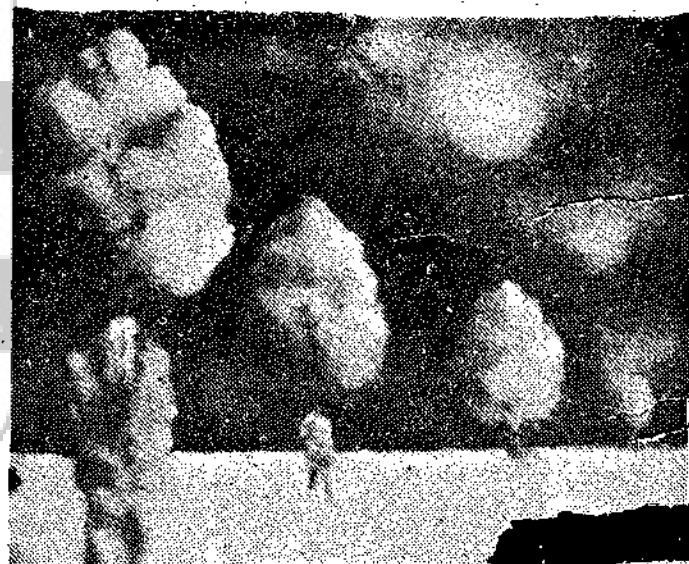
La pintura del bilbaino Juan Ramón Luzuriaga se caracteriza por su aspecto singularizado de una vinculación inevitable; es decir, por la personal interpretación del paisaje de su tierra con subordinación al antecedente de ese modo de ser pictórico que es denominador común de la pintura vasca. Pintura, pues, de síntesis formal y cromática, de subjetivas interpretaciones y de placidos efectos agrisados, sosegados y sedantes, que estos días expone la galería Chys.

La suavidad del colorido que envuelve a las representaciones en los cuadros de Luzuriaga, la delicada conformidad casi transparente de sus pálidos empastes, se anima, por lo general, con el contraste de algunas pig-

mentaciones intensas destinadas a destacar en la composición ciertas referencias de los lugares representados. Con ellas, es cierto, se anima la uniformidad de las simplificaciones estructurales y la unidad pacífica de las gamas contenidas; aunque también es verdad que, en ocasiones, tales notas de vivos colores se independizan del conjunto y se aíslan en sí mismas, como un relato pictórico de expresión bilingüe, ya que suelen responder a un sentido configurador diferente al resto de la composición.

Parte el estilo de Luzuriaga de conceptos representativos cuya llaneza de lenguaje y problemas de técnica persiguen los efectos de una difícil sencillez. Importante para ello son las sugerencias de trasunto y la poética simplicidad del proceso pictórico, con refinada pureza en las simplificaciones y el candor en las líneas definidoras. Derivaciones líricas que dulcifican esta pintura sutil hasta la idealización de los temas por el camino de una aparente espontaneidad, ya que ha

eluso de la que pretende hacer de la luz el protagonista absoluto, subordinando la anécdota literaria a la propia desnudez luminosa de la atmósfera. Incluso en las obras intermedias entre la pintura de ayer y la de más próxima producción se aprecia un intencionado paso desde el lirismo de las primorosas configuraciones iluminadas —como relatos poéticos escritos con colores— a las representaciones con pretendida calidad pictórica como meta esencial del cuadro. Han ido cediendo, pues, las composiciones de aspecto brumoso, de algodonado cromatismo con rudimentarias pinceladas dibujísticas, para ser sustituidas por descripciones menos vaporosas, de más intenso vigor narrativo y de mayor fluidez delimitadora al quedar subordinadas las estructuraciones a la técnica cromática, al lenguaje como consecuencia del dolor y no de éste al servicio de la línea definidora. Tal como ocurre ahora, precisamente, con las cabezas infantiles de primer término en una composición sobre el emotivo tema del entierro de un niño, y con las fi-



ASENSIO SAEZ

debido, de ser necesaria una firme cimentación estructural de meditaciones para que la obra terminada pueda ofrecer el aspecto de una total ausencia de meditaciones preparatorias. Lo cual, evidentemente, no podría producirse sin el necesario adiestramiento en el oficio y sin la sensibilidad suficiente para que la astucia del profesional experimentado sólo parezca intuición y sutil ingenuidad.

ASENSIO SAEZ

Esforzado Asensio Sáez, que va superando paso a paso, con la autodidaxia de la experimentación, el espinoso camino que conduce a la competencia pictórica. Desde su anterior muestra de hace un año en la desaparecida galería APKara hasta la que estos días presenta en la de Vidal-Espinosa se aprecia una superación en el empleo de la materia como consecuencia de la convicción de que, a fin de cuentas, lo que verdaderamente importa de un cuadro es que esté bien pintado. Claramente se observa así en la labor última representada en esta exposición, porque hay en ella ejemplos de aquella época anterior junto a la más reciente, in-

guras femeninas secundarias y gran parte de la principal, que exhibe un billete de cien pesetas, en un cuadro con ambiente, al parecer, de prostitución.

Continúa, no obstante, la pintura de Asensio Sáez preocupada por el contenido argumental preferente; lo cual puede ser reflejo plástico inevitable de su marcada vocación literaria. Aunque, en todo caso, regida como siempre la anécdota por la elegancia espiritual de un sentido poético, que purifica hasta los más escabrosos temas con una ingenuidad y un candor de melancólica ulzura, como si cada cuadro fuese un poema para ser recitado con la vista. Pero —aunque limitada aquí su constancia a los collages y a escasos oleos— se ha suavizado y hasta desaparecido en muchas representaciones actuales aquellas influencias surrealistas que hicieron manifestarse a su inspiración anterior con efectos de procedencia onírica.

Puede afirmarse, en resumen, que la pintura de Asensio Sáez se halla en un decisivo momento de evolución prometedora.



ALMELA ACOSTA